

Una Buena Alianza

Por Waldemar Sommer

BUENA alianza: industria y arte. No obstante, el pie forzado para los artistas participantes fue el conseguir hacer suyos los materiales puestos a su disposición. Algunos lo lograron de una manera admirable. Otros prefieren soslayar el compromiso y permanecer unidos a sus intermediarios habituales. Por supuesto, los resultados de este encuentro numeroso, de 30 autores y sus mecenas respectivos, se notan desiguales; eso sí dentro de un nivel general suficientemente honorable. Podemos apreciarlo en el primer piso del Museo Nacional de Bellas Artes.

Además de sus valores intrínsecos, entre las mejores adecuaciones a los medios propuestos se encuentran los trabajos de José Balmes, Rozas, Mezza, Peña, Puelma y Rojo. El primero de ellos luce su sentido poderoso de la composición y del color. Así, con la frialdad del plateado y jirones de pigmento puro, con el juego refinado de volúmenes, ejecuta la transfiguración de objetos utilitarios y de una fisonomía tremendamente propia. Llega, pues, el pintor a animarlos, a comunicarles la condición de víctimas que se niegan a morir en un mundo que desaparece, emprendiendo vuelo hacia un más allá atmosférico. Y ello, no como construcción enorme, sino que dentro de los límites más menguados de un cuadro.

El imaginativo desarrollo serial y la factura delicada de Archibaldo Rozas confieren, mientras tanto, significación estética al prosaico proceso de limpieza de un cereal. Este se convierte, así, en un protagónico ingrediente formal, cuya imagen se graba en la retina del espectador. Algo semejante ocurre con la interpretación hermosa de Benito Rojo. El equilibrio dinámico de sus formas, el color dominante y la reiteración armónica del producto-personaje contribuyen a que tampoco se olvide. Una multiplicación visual conducida hasta la saturación, y donde el recurso de la variación se maneja con maestría, permite a Gonzalo Mezza un estudio, un acercamiento, una apropiación, por la fotografía, de una cita recurrente del arsenal goyesco. En sus manos, la conocida figura transmite para nosotros una proyección inesperada.

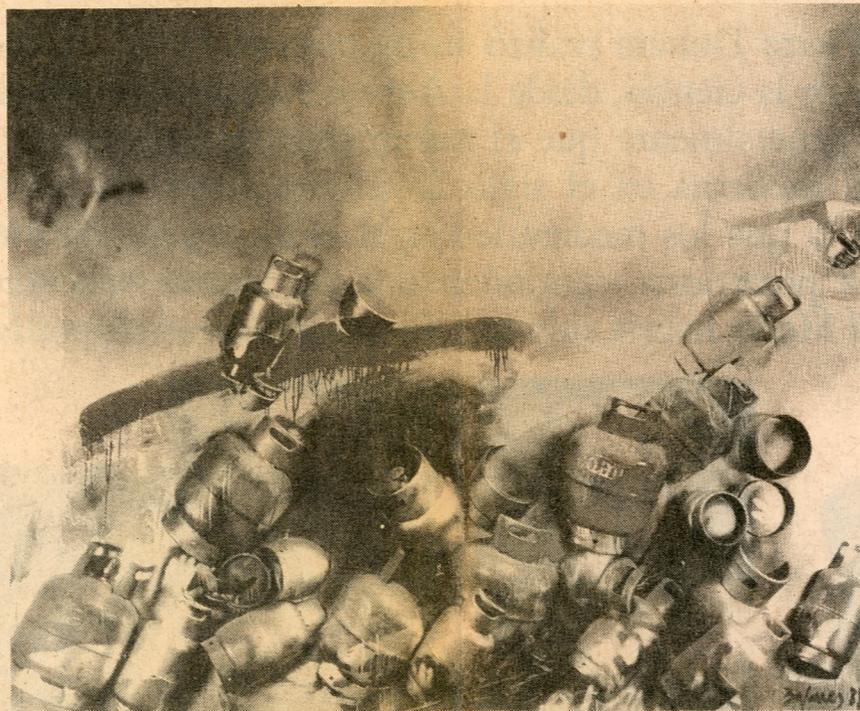
A la inversa de los autores anteriores, Osvaldo Peña emplea una verba austera, un desarrollo estático y casi plano, que nada posee de espectacular. Empero, su relieve metálico termina por imponerse por su naturalidad constructiva e identificación plena con el signo comercial exaltado. Mientras tanto, el héroe de Hernán Puelma, sus utensilios y la escena donde se presenta ostentan todos los detalles del realismo más eficaz para un monumento callejero. Además, está su certeza volumétrica y el esplendor mate de la lámina de

cobre. Más allá de eso, no obstante, sopla la brisa vital a través de la ironía, de los ropajes que se levantan, de la mirada impávida del minero, del declive de la línea férrea.

Otros participantes destacados se abstienen de abandonar lo suyo. Por ejemplo, Nemesio Antúnez en su inconfundible y tan bien pintado paisaje que reúne desierto, mar, sol y bullir de vida animal. Gracias al grabado, al formato pequeño y no a la gran pintura, Francisco de la Puente nos recuerda la personalidad de su imaginaria, su capacidad de al-

canzar finuras y de transmitirnos una expresividad sugerente.

Resultados asimismo atractivos ofrece en este III Encuentro la edición de libros: Patricia Israel y la insolencia de su conquista; las muchas notables fotografías, de manos diversas —la individualidad de los retratados suele ponerse en relación directa a su entorno o a sus obras—, de "133 artistas visuales de Chile", de Gaspar Galaz; Diego Maquieira y su rescate nostálgico de Vicente Huidobro.



"Acumulación", de José Balmes.

Grabados canadienses

El grabado canadiense ha dejado buenos recuerdos en nuestro país. Hoy día, después de mucho tiempo, doce artistas jóvenes de Canadá exponen láminas realizadas entre 1986 y 1988 —Galería Carmen Waugh—. Una vez más convencen con sus cualidades técnicas. Y, precisamente, ese atributo se aúna con la personalidad más descollante de tres de los grabadores que nos visitan. Aunque muy distintos entre sí, la nueva figuración y común poder de evocaciones, ricas y enigmáticas, les sirven de lazo de unión.

Anne Mc Millan recurre, de este modo, a una suerte de alegorías que, vagamente, quieren confesarnos algo. Dos de los aportes suyos resultan los más interesantes: "My Lifetime listens" y "Western Draw". En especial, un par de hojas de Jan Winton entregan también alusiones, al mismo tiempo hondas y misteriosas, sin dejar de lado el ingrediente abstracto: "Mind control" y "Landlocked". Dong Biden es el tercero de ellos. En su muy bello trabajo "Brutal beauty" opera el llamado contrapunto entre placidez vegetal y asomos de violencia —el grupo lejano en lucha, los rayados incipientes del muro—.

Irene Domínguez

En Galería del Cerro muestra su obra última —dibujos y litografías en colores y, ante todo, pinturas— Irene Domínguez. Protagonizan sus telas desnudos femeninos, inquietos e irónicos, de carnes albas y sonrosadas, jamás desprovistos de zapatos blancos. Pero bajo su apariencia juguetona retratan, ciertos, ciertos aspectos psicológicos de la mujer: ese pudor que, aún reducido a vestigios, siempre sabe conservar. Tampoco falta el contraste para las damas, su pareja. Esta, en ningún instante abandona el terno impecable y el sombrero. Sin embargo, es la corbata masculina hecha signo el elemento que envuelve y sirve de entorno a las impulsivas protagonistas. Hasta se convierte la corbata en ornamento capital de la tela entera. O, por lo menos, la ornamentación mattissiana del cuadro se deriva de las líneas de aquel detalle de indumentaria.

Dentro de la calidad extraordinariamente pareja de la exposición de I. Domínguez hay que mencionar ciertos momentos muy felices: "El pintor y la modelo", pleno de solidez y fuerza, tanto formal como expresiva; "Homenaje a Klimt", "Tango rosa", "Corbatas encubridoras".